

CARMEN RIVERA DE ALVARADO
CATEDRÁTICA, FACULTAD DE
TRABAJO SOCIAL,
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO

LAS RELACIONES FAMILIARES Y LA DELINCUENCIA JUVENIL

Cuando se hace referencia a la delincuencia juvenil, ya es un axioma hacer responsable al hogar de la conducta delictiva del menor. Ciertamente, no podemos descartar la importancia de la vida familiar en la formación de la personalidad del niño. La familia es en nuestra civilización de raigambre judeo-cristiana, la institución social por excelencia y su efecto en la vida del ser humano amerita serio y hondo estudio. Muchos se han hecho ya, pero la mayor parte quedan todavía por realizarse: las ciencias sociales son relativamente jóvenes.

En nuestro país hay la tendencia a investigar ciertos fenómenos sociales solamente cuando los mismos alcanzan proporciones de crisis. Ejemplo de ello es el énfasis marcado que se ha dado en algunas ocasiones durante los últimos años al dilema que plantean las enfermedades mentales y la delincuencia juvenil, con exclusión de otros dilemas igualmente importantes. Este énfasis sería, por otra parte, altamente laudable, si no estuviese circunscrito a aquellos momentos alarmantes en que se cierne sobre la vida de un menor la sombra fa-

tidica de la silla eléctrica, como en el caso tan conocido de Salvador Agrón, o en que un grupo de pacientes peligrosos se fuga del Hospital de Psiquiatría. Este tipo de reacción impulsiva es explicable y tiene su razón de ser en una comunidad, pero no conduce necesariamente a una cabal comprensión del problema. Tampoco sabemos si puede llegarse a conocer mejor la conducta humana mediante el estudio de la conducta patológica exclusivamente o si la remoción de las causas de un mal social elimina el mal mismo. Sospecho que el problema es mucho más complicado que todo esto y que aquí, como en toda ecuación compuesta de elementos humanos, «dos más dos no siempre suman cuatro».

Los trabajadores sociales tenemos que estar muy alerta a esta problemática, pues generalmente entramos en contacto con familias e individuos en momentos de crisis. Si se tiene en cuenta que el trabajo social, como toda otra profesión, es esencialmente un *quehacer*, es decir, una *acción directa* en beneficio de una persona, un grupo o una comunidad, se comprenderá cuán difícil resulta actuar terapéuticamente en momentos así.

Crisis significa «mutación considerable que acaece en una enfermedad, ya sea para mejorarse, ya para agravarse el enfermo; por extensión, momento decisivo de un negocio grave y de consecuencias importantes»¹. ¿Por qué ha de esperarse a que el problema se agrave para encararse con él? Hacerlo así equivaldría a asumir que las decisiones importantes que se hagan durante el proceso del desarrollo y crecimiento humanos, habría que hacerlas siempre en términos absolutos de *vida o muerte*.

Existen, de hecho, etapas notoriamente críticas en la vida del hombre y de la sociedad. ¿Qué factores o elementos dinámicos concurren para que en el momento decisivo el hombre o la sociedad escoja o rechace la vida y el crecimiento? Sin embargo, ¿a qué esperar ese momento? ¿No es acaso precisamente eso la vida cotidiana, psicológicamente hablando: un escoger y un desechar continuo y perenne de lo que se tiene y de lo que se recibe? Cuando hacemos alusión a las fuerzas internas del individuo y a los factores externos que operan sobre él, estamos realmente refiriéndonos a una interacción de factores que se mueven, entrechocan y se contrapesan en relación

con situaciones específicas, pero siempre enmarcadas dentro de la continuidad de un ser humano que constituye el centro de esas fuerzas y que tiene mayor o menor capacidad para encauzarlas creadoramente, para resistirlas con obstinación o para dejarse vencer por ellas; en resumen, para hacer decisiones, sean éstas buenas o malas.

Sin descartar otros enfoques, convendría examinar más a fondo hasta dónde puede entenderse el problema de la delincuencia juvenil en términos de la interacción del individuo con su medio familiar. El estudio de las relaciones entre los miembros de familias estables y felices podría arrojar alguna luz sobre el problema, ya que si se pudiera captar qué uso hacen de los demás los que viven en paz entre sí, quizá podría ayudarse a otros a vivir en paz con la sociedad. En mi experiencia como trabajadora social he conocido a muchas personas cuya sola presencia era fuente de tranquilidad y sosiego para los que se acercaban a ellas. Conozco muchos hogares donde las relaciones familiares son ricas y espontáneas y otros en que predominan el miedo y la hostilidad. ¿Cuáles son los que producen los niños desajustados, los niños delincuentes?

En un estudio de cien niños autistas realizado por el doctor León Eisenberg, de la clínica de psiquiatría infantil del Hospital Johns Hopkins, de Baltimore, se obtuvieron resultados muy interesantes a este respecto².

Para los efectos del estudio, el autismo infantil fue definido como un cuadro clínico observable desde los primeros meses de vida del niño, que se caracteriza por una tendencia extrema hacia el aislamiento y una insistencia obsesiva en la repetición de las mismas situaciones y del mismo tipo de comportamiento. La conducta motriz del niño autista exhibe una serie de patrones que se repiten rítmicamente. A menudo puede observarse que el niño autista está tremendamente «solo», marcadamente desconectado de las personas que le rodean: No responde a los mimos y a las caricias con la misma viva y gozosa anticipación que el niño normal. Tiende a adherirse rigurosamente a la rutina del horario. Cualquier leve cambio en la configuración del mundo que le rodea le llena de ansiedad y, en consecuencia, trata de oponerse a él obstinadamente. Demuestra una preocupación casi insensata por los objetos con exclusión de las personas. Este marcado alejamiento de todo

contacto interpersonal le produce desórdenes de lenguaje, desde una incapacidad total para la comunicación verbal manifestada en la ecolalia, hasta el uso personal y único de un lenguaje suyo propio. Aunque el fenómeno autístico puede ser observado en niños retardados o en niños que han recibido lesiones cerebrales, se le considera principalmente característico de los esquizofrénicos. Según el autor, el autismo infantil viene a ser la más temprana de las reacciones esquizofrénicas conocidas.

La mayor parte de los cien niños estudiados procedía de hogares económicamente solventes. Una alta proporción de ambos padres eran graduados de universidad. La información sobre cada caso en el cual se daba especial atención a la obtenida respecto de los mismos, provenía de un historial escrito descripción de las relaciones de los padres entre sí y de éstos con sus hijos con miras a determinar las características más notables en la personalidad de ambos padres.

El propósito del estudio fue señalar la importancia del padre en la constelación familiar a los fines de lograr una perspectiva más amplia de la inferencia dinámica de la vida de familia en el desarrollo del niño, ya que la mayor parte de los estudios realizados anteriormente se limitaban a examinar la personalidad de la madre exclusivamente. A tal extremo había llegado el énfasis en el análisis de la personalidad de las madres de niños con desórdenes mentales, y especialmente de las madres de niños esquizofrénicos, que el término «madre esquizofrénica» se había convertido en un clisé clínico. El padre había sido el «hombre olvidado».

El estudio realizado por el Dr. Eisenberg demuestra que 85 de los 100 padres de niños autistas presentaban serias dificultades de personalidad que le impedían desarrollar plenamente el rol paterno y afectaban adversamente el patrón de vida familiar. Al mismo tiempo, cabe señalar que de los 131 hermanos que tenían los 100 niños autistas estudiados, solamente ocho evidenciaron algún problema emocional. En otras palabras, el estudio reveló que los padres de niños autistas son también capaces de criar una proporción igual de hijos mentalmente saludables. Esto implica que pueden existir otros factores que radiquen en el propio niño y que ocasionen el desarrollo de la psicosis.

A similares conclusiones han llegado los estudiosos, respecto de la delincuencia juvenil. Los propios Sheldon y Eleanor Glueck admiten que a pesar del progreso alcanzado en los últimos años, las causas primordiales de la delincuencia juvenil aún se desconocen³. El propio término *delincuencia juvenil* es vago y confuso y varía de acuerdo con la persona, la cultura y los estatutos de cada país. A esta dificultad se suma la falta de información que hay sobre los delincuentes que no han sido descubiertos y cuyas características se desconocen.

Aun cuando es cierto que, como dice el profesor William C. Kvaraceus, de la Universidad de Boston, «si hay algo en común en todos los estudios sobre delincuencia, se podría encontrar en los ambientes hogareños poco satisfactorios, de los cuales provienen tantos delincuentes»⁴, no es menos cierto que, «no todos los niños que crecen en hogares rotos o deficientes, o que sufren 'trato incorrecto' se convierten en delincuentes»⁵. tampoco es cierto que un hogar estable no pueda producir niños delincuentes.

Una amiga mía asistió hace poco a una reunión de padres y maestros en una escuela de un pueblo de la isla en la cual habían ocurrido algunos desórdenes y ataques contra estudiantes por parte de ciertas pandillas juveniles. Participaron en el acto representantes de distintos organismos locales y estatales. Me cuenta ella que, invariablemente, todos los que hablaron al público allí presente se dedicaron a culpar a los padres por el incremento de la delincuencia juvenil en aquel pueblo. Los padres escucharon pacientemente todos los aguaceros que llovieron sobre ellos y cuando, al cabo de varias horas, cesó la lluvia de recriminaciones y pudieron expresarse se apresuraron a decir: «Bien, y ahora que han terminado los regañones, ¿podrían ofrecernos algunas de sus valiosas ideas y ayudarnos a enfrentarnos al problema?»

En un impresionante cuento de Jacob Wasserman, Adán Urbas, un honrado y digno agricultor alemán, contesta como sigue a las preguntas que le hace un juez sobre la conducta delictiva del hijo de Urbas⁶.

«...Fue malo desde sus comienzos. Sangre mala; pude olfatearlo. Otros, sin tener quien vele por ellos, no se malogran. Pueden torcerse un poco en los comienzos, pero el tiempo los endereza. Con él, lo malo fue tornándose peor... Día a día, un

grano de arena; finalmente, una montaña. Yo, parado allí preguntándome: '¿cómo terminará esto?' Cuando lo arrancaba de un sitio, crecía con doble fuerza en otro. Cuando trataba uno de agarrarlo entre las manos, se le escapaba por los dedos... Puede que usted se pregunte: '¿cuándo se dio cuenta por primera vez?, ¿cuándo perdió la esperanza?' Pregúntele al leproso cuándo se dio cuenta por vez primera de que su piel empezaba a lacerarse. El lo sabía, por supuesto, desde el primer momento, pero se vio obligado a reconocerlo cuando la lepra lo obligó a permanecer en cama. Noche tras noche, acostado en mi lecho, pensaba y pensaba... Torturaba mi espíritu preguntándome cómo luchar contra esta maldad. ¿Disciplina? La disciplina está siempre un paso atrás, el acto erróneo un paso adelante. ...¿Debí establecer reglas? ¿Qué clase de reglas? ¿Cuáles son las infalibles?... ¿Cuándo surgió esta maldad? Hela ahí, extendiéndose como un fuego en la pradera. Pero, ¿de dónde viene? ¡Con cuánta crueldad avanza! Primero, la pequeña mentira; luego, la más grave; primero, un centavo sustraído; después, un dólar; primero, la bestia maltratada; luego, el ser humano; primero, el robo de la cartera; luego, el honor perdido... Sin respeto, sin fe, sin honor, sin afecto. ¿De dónde vino? ¿De mí? Obviamente... ¿Es posible que el hombre sea meramente basura y vileza, reproductor sólo de basura y vileza a su vez?»

He aquí el clamor desesperado de un padre que quiso prolongar lo mejor de su estirpe campesina a través de un hijo que no pudo soportar el peso de la carga que le imponía la voluntad de su progenitor. Quedan sin contestar todavía la mayor parte de las preguntas de Adán Urbas. También es menester dar una respuesta a la pregunta hecha por los padres, anteriormente citados, en una reunión escolar.

Lejos estoy de pretender intentar una respuesta a estas interrogantes. Sin embargo, presumo que los nuevos enfoques en el estudio de la vida familiar, particularmente en las relaciones entre padres e hijos, podrían facilitar su contestación. A tenor con estos enfoques hay que ver al niño como un ser en desarrollo y crecimiento —un ser integral: biológico, psicológico y social—; también como a un ser activo y dinámico, no como a un ente desprovisto de impulso y voluntad. Conviene concentrar más en el estudio de la interacción entre los distintos

miembros de la familia de orientación, con miras a descubrir elementos en la relación de los unos con los otros que puedan identificarse como adversos o favorables al desarrollo de la personalidad del niño. En el pasado este enfoque fue casi siempre unilateral. Partía de la interrogante: «¿qué le han hecho estos padres a este hijo?» La misma debería ampliarse para incluir además «¿qué le está haciendo este hijo a estos padres?» En otras palabras: ¿puede identificarse el aspecto dinámico e intangible de la interacción entre estos adultos y este ego en formación, que pugna por parecerse y diferenciarse de ellos? He ahí un reto para las ciencias biológicas y sociales.

La investigación científica no debería circunscribirse a las llamadas «familias con problemas», sino enriquecerse con el estudio de las experiencias de tantas familias que han podido mantener intactos sus valores morales y sociales en medio de los cambios vertiginosos que se han operado en nuestros patrones de conducta y en la estructura de nuestra sociedad. Quizás estos estudios contengan parte de la respuesta al problema de la delincuencia juvenil.

En tanto los mismos se realizan, la comunidad viene obligada a proveer aquellos recursos económicos y sociales que faciliten la estabilidad y la seguridad emocional de la familia puertorriqueña. Es lo menos que podemos hacer por nuestros niños.

12 de marzo de 1962.

NOTAS

1. *Diccionario Manual e Ilustrado de la Real Academia Española*, ed. de 1958. Madrid: Espasa-Calpe, S. A., pág. 464.

2. EISENBERG, LEON, *The Fathers of Autistic Children*. "American Journal of Orthopsychiatry", Menasha, Wis., vol. XXVII, número 4 (octubre, 1957), págs. 715-724. (Comentarios de Carmen Rivera de Alvarado, "Revista de Ciencias Sociales", vol. II, núm. 2, junio de 1958).

3. GLUECK, SHELDON y ELEANOR, citados en *Delincuencia Juvenil*, publicación del Departamento de Instrucción Pública del Estado Libre Asociado de Puerto Rico, San Juan, 1957, pág. 45.

4. *Ibid.*, pág. 27.

5. *Ibid.*, pág. 28.

6. WASSERMAN, JACOB, *Worlds' Ends: Five Stories*, "Adam Urbas". (Traducido del alemán al inglés por Lewis Galantieri y del inglés al español por Candi C. Rosa). Cortesía de la Escuela de Trabajo Social de la Universidad de Pennsylvania, Philadelphia, para fines educativos.